

Hacia un paradigma de lectura de géneros masivos: el caso de la literatura “de autoayuda”¹

Towards a Reading Pattern for Massive Genres: the Case Study of Self-Help Books

VANINA BELÉN CANAVIRE

Universidad Nacional de Jujuy

Argentina

belencanavire@hotmail.com

(Recibido 25-09-2013;
aceptado 15-03-2014)

Resumen. Este artículo aborda una modalidad de lectura que toca lo más profundo de la experiencia humana -la pérdida, el amor, el dolor-, y apunta a su reconstrucción en tiempos de crisis: la lectura “de autoayuda”. A partir de los resultados de nuestra investigación doctoral, observamos el hecho de que productos como los textos literarios elaborados en masa son construidos, seleccionados, adquiridos y apropiados por lectores reales con necesidades, deseos, intenciones y estrategias interpretativas. Teniendo en cuenta a la lectura como invención de sentido -inscrita en las restricciones y limitaciones que impone el texto- y como práctica social -inserta en un entramado de posiciones y relaciones diferenciadas- en el marco de circunstancias espacio-temporales específicas, recuperamos “representaciones” y “modalidades de lectura” y proponemos una “tipología tentativa de lectores” para el caso en estudio, previendo la posibilidad de que estas conceptualizaciones puedan considerarse en la elaboración de un paradigma de lectura de géneros masivos.

Palabras clave: *lectura; autoayuda; lectores; literatura; cultura masiva.*

Abstract. This article discusses a way of reading that touches the depths of human experience -loss, love, pain-, and underpins its reconstruction in times of crisis: reading “self-help”. From the results of our doctoral research, we observe the fact that products such as mass-produced literary texts are constructed, selected, purchased and owned by real readers with needs, desires, intentions and interpretive strategies. Considering reading as an invention of meaning -registered in the restrictions and limitations imposed by the text- and as social practice -embedded in a lattice of different positions and relationships- under specific spatio-temporal circumstances, we recover “representations” and “reading modes” and propose a “tentative typology of readers” for the case study. Regarding this fact we equally foresee the possibility that these conceptualizations can be considered for the development of a reading pattern for massive genres.

Keywords: *Reading; Self-help; Readers; Literature; Massive culture.*

¹ Para citar este artículo: Canavire, Vanina Belén (2014). Hacia un paradigma de lectura de géneros masivos: el caso de la literatura “de autoayuda”. *Alabe* 9. [www.revistaalabe.com]

o - Introducción

Teniendo en cuenta que la cultura es comprensible a partir del estudio de sus componentes simbólicos, en nuestra tesis de doctorado (Canavire, 2013) indagamos en una práctica cultural cuyo interés se renueva incesantemente resistiendo a los avatares del tiempo: la lectura. Acotamos el estudio a un género de la cultura de masas que ostenta una imponente presencia en el mercado editorial actual: *la literatura de autoayuda*, e intentamos responder a los siguientes interrogantes: *¿Qué mueve a una persona a consumir libros de autoayuda? ¿Por qué gustan? ¿Por qué se compran? ¿Por qué se leen?*² Asimismo, con la intención de dar una realidad sociocultural a la figura del lector, abordamos un caso en particular: San Salvador de Jujuy (Argentina)³.

A partir de ello, en este artículo presentamos algunos aportes fundamentales de la investigación doctoral: “representaciones” y “modalidades de lectura” y una “tipología tentativa de lectores”. Ahora bien, creemos que estas conceptualizaciones no sólo resultan útiles para el caso en estudio sino que también pueden contribuir a la elaboración de un *paradigma de lectura* de géneros masivos.

1 - Libros que “ayudan”

Hacia mediados de la década del ‘30, el publicista Dale Carnegie, fue el primero en articular los principios del nuevo *ethos* de la personalidad (fundamentado en el desarrollo de las relaciones humanas y en el empleo de técnicas de comunicación) en una obra que se considera pionera del género de autoayuda: *Cómo ganar amigos e influir sobre las personas*⁴.

A partir de entonces, el género ha persistido a lo largo del tiempo (con no pocas variaciones) y su circulación se generaliza especialmente en la última década del siglo XX.

En el panorama actual, son conocidas las acaudaladas cifras que la *literatura de autoayuda* abona al mercado editorial. Los libros de autoayuda tienen amplia difusión mundial y se encuentran en el ranking de los más vendidos⁵.

² Para esta investigación se realizaron cincuenta entrevistas en profundidad a lectores asiduos de autoayuda. Brevemente, diremos que la tesis doctoral estuvo compuesta de cuatro bloques: Planteo metodológico y campo de estudio; De libros y lecturas; Autopercepción de la práctica lectora; Representaciones, funciones y efectos de la lectura de autoayuda.

³ Jujuy -San Salvador es su capital- es una de las provincias fundacionales de la República Argentina, situada en el extremo Norte limita con los países de Bolivia y Chile. En cuanto a su dimensión territorial es una de las más pequeñas del suelo argentino.

⁴ Carnegie, D. ([1940], 1994). *Cómo ganar amigos e influir sobre las personas*. Buenos Aires: Sudamericana. La versión original se publicó en inglés: Carnegie, D. (1936). *How to Win Friends and Influence People*. New York: Simon and Schuster.

⁵ En Brasil, según el informe del Instituto Pró-Livro desarrollado en el período junio-julio del año 2011, en la lista de los “géneros leídos frecuentemente”, la literatura de autoayuda se ubica en el sexto lugar. Así también, entre los 25 libros más destacados para el mismo período, figuran *O alquimista* (Coelho, P., 2008), *O segredo* (Byrne, R., 2007) y *O monge e o executivo* (Hunter, J., 2004). En Colombia, según los registros de la Librería Nacional, *Los Cuatro Acuerdos* (Ruiz, M., 1998) y *Descubre tu Don* (Shajen, J., 2011) figuran entre los más vendidos. En México, *Los 7 hábitos de la gente altamente efectiva* (Covey, S., 2010) se ubica entre las primeras

Es indudable el incesante crecimiento del sector y su posicionamiento como *fenómeno editorial*. No obstante, el prejuicio que aún existe sobre las producciones de la “cultura masiva (o de masas)”⁶ suele obstaculizar su consideración formal y producción de estudios al respecto.

Desde la crítica (especialmente en los trabajos que hacen hincapié en la gramática de producción y en el mensaje), estos libros se caracterizan como un producto de la cultura masiva y, por lo tanto, se destacan la *estereotipación de contenidos* y su *orientación hacia el mercado*. En este orden de ideas, la literatura de autoayuda se describe como: biblioterapia (Abraham, 2000); soporte material del código de la civilización reflexiva (Ampudia de Haro, 2006); decálogos para el buen vivir (Reguillo, 2007); libros de superación personal y espiritualidad (Escalante, 2009); o plataforma para la difusión de ideas psicológicas (Illouz, 2010).

2 - El papel simbólico de la lectura de autoayuda

Un libro *leído* está en función de quien lo lee, y lo que determina la cualidad del lector, no es sólo qué o cuánto lee, sino la manera en que capitaliza la lectura en las distintas esferas de su vida. En este sentido, entendemos que la práctica lectora puede ser densa por los usos que produce en los diferentes contextos en los que se inserta.

Esto implica que el análisis sobre las *representaciones* de la lectura, requiere tener en cuenta distintos elementos: la disposición personal y física que los individuos invierten en esta práctica; los “escenarios de lectura”⁷; y las circunstancias biográficas en que se desarrolla la actividad lectora.

Pues bien, a partir de las definiciones ofrecidas por nuestros interlocutores, intentaremos reconocer el papel *simbólico* de la lectura de autoayuda, sin olvidar, claro, las múltiples imbricaciones que tienen lugar en el mismo proceso lector.

(cont. n.5)

posiciones. Mientras que, en España, *El secreto* (Byrne, R., 2007) se encuentra en el ranking de los más solicitados. A nivel local, según los registros del Grupo ILHSA (líder en la venta de libros en Argentina) tres de los diez libros más vendidos en el año 2011 pertenecen al género de autoayuda: *Corriéndose al interior* (Paluch, A., 2011); *Lecciones de Seducción* (Sordo, P., 2010); *Sé tu propio héroe* (Domínguez, C., 2011). Datos disponibles en: http://www.prolivro.org.br/ipl/publier4.o/dados/anexos/2834_10.pdf
http://www.librerianacional.com/es/index.php?option=com_catalogo&idCategoria=287
<http://www.gandhi.com.mx/>
<http://www.casadellibro.com/>
<http://www.tematika.com/libros/>

⁶ Según explica Blanco, la expresión “cultura de masas” es usada generalmente en términos peyorativos, en tanto designa “un tipo de cultura de carácter superficial y mediocre, destinada a explotar los gustos más triviales del público (...). La expresión denota igualmente los medios de comunicación de masas y el hecho de que son consumidos por un gran número de personas” Aunque sostiene que “la investigación empírica producida desde mediados de la década de 1960 hasta hoy, ha contribuido a restar fuerza y verosimilitud a la mayoría de estos presupuestos” (2008: 42).

⁷ Entendemos, con Bahloul, al “escenario de lectura” como el “conjunto de las condiciones sociales producto de la historia familiar, socio-profesional y educativa de los lectores” (2002: 23).

2.1. Lecturas placenteras

Sobre la cuestión del placer (psíquico), Ansermet y Magistretti advierten: “el placer es lo más subjetivo que existe. Lo que es placer para uno no lo es para otro. No hay receta para el placer” (2012: 15). Esto anticipa que la cuestión del placer puede resultar ambigua, e incluso enigmática. En vista de ello, no sorprende la pluralidad de sentidos que los lectores adscriben al término “placer”.

Placer y emoción

La lectura, en no pocas ocasiones, se representa como una experiencia *sensual*, que se experimenta en el cuerpo. Como sucede en el caso de Viviana: “me resulta muy placentera la lectura, depende de cómo me sienta... a veces agarrar uno de estos libros hace que mis 24 horas sean ‘fabulosas’. Generan muchas emociones, pilas... pilas, arrepentimientos. Te reís de vos mismo, llorás muchas veces porque destapás cosas muy ocultas. Podés ver el maltrato que sufriste de personas que te tenían que proteger, o el sarcasmo en seres queridos” (Viviana, 46 años, casada con dos hijos)

Asistimos, entonces, a una lectura que deleita y conmueve. En este sentido, es posible encontrar *placer* en el sonido de las palabras, cuando éstas movilizan la intuición, las emociones y las sensaciones corporales. Para que afloren los sentimientos, se trata de lecturas *perturbadoras*, estimulantes, que le hablan personalmente al lector, en sus circunstancias particulares. Por lo tanto, leer no implica solamente comprender sino también experimentar sensaciones, revivir emociones, verse *afectado* por el libro. Esta relación íntima que se establece entre lector y texto, es la que permite que los lectores compartan (o se *identifiquen* con) las alegrías y aflicciones de los personajes de las narraciones presentadas en los textos “como si” fueran propias: lectores que se abandonan a las sensaciones, lectores *sensibles*.

Placer y libertad

Indudablemente, el *placer* también aparece ligado al sentimiento de *libertad*. A esto refiere Alejandra cuando señala: “antes he leído algunas cosas por obligación, ahora, después de mi enfermedad, leo por placer, leo lo que quiero, cuándo quiero y cómo quiero” (Alejandra, 43 años, divorciada con un hijo).

Si, como sostiene Savater, “el mundo de la lectura es un mundo de la libertad” (2009: 336), la relación íntima que se entabla entre lector y escritor es una relación liberadora y profundamente placentera. En este sentido, la lectura de autoayuda se describe como una lectura “libre”, en oposición a otras lecturas “obligadas”. Ahora bien, la *libertad del lector* se expresa en distintos momentos de la práctica lectora. En principio, se manifiesta a la hora de elegir cuáles libros leer, y en la decisión de asignar un tiempo específico a esta actividad en el trajín diario. Asimismo, el lector es *libre* cuando hace recorridos laberínticos por el texto, saltea capítulos, y abandona o retoma la lectura. Y, sobre todo, se trata de una *forma de liberación*, cuando el lector descubre el chispazo de lo que puede producir un texto, cuando puede cambiar de rumbo después del encuentro con un libro.

Placer y aprendizaje

Otros lectores dan cuenta de un placer *intelectual*. Así, lo expresa Eugenia: “leo por placer, me parece que es algo que me ayuda a estar más preparada para la vida. Cuando mis hijos eran pequeños, he leído a Barylko, que es un psicólogo en niños y adolescentes, y me ayudó en la crianza de los chicos. Me parece que todo lo que vos lees te aporta, aunque no esté clasificado dentro de la enseñanza formal” (Eugenia, 45 años, casada con dos hijos).

La lectura, en general, y la de autoayuda, en particular, se vinculan a los aprendizajes funcionales inducidos por las necesidades de la vida cotidiana. De allí se explica que el lector valore los conocimientos *prácticos* que ofrecen los libros de autoayuda, más allá de los cánones establecidos por la institución educativa o literaria. En efecto, los lectores no establecen una oposición entre una lectura *instructiva* y una lectura de *esparcimiento*, sino que la lectura de autoayuda se representa como una lectura *de placer y de aprendizaje* a la vez.

Placer y enriquecimiento espiritual

Kafka escribió en 1904, “creo que sólo debemos leer libros que nos muerdan y nos arañen. Si el libro que estamos leyendo no nos obliga a despertarnos como un mazazo en el cráneo ¿para qué molestarnos en leerlo?” (Kafka, citado en Manguel, 1998: 116). De esta manera, se recomendaban lecturas que afecten y movilicen al lector, que *lo golpeen*.

Pues bien, hemos identificado lectores que también asocian el *placer* de la lectura con una *experiencia de ruptura*, con un quiebre subjetivo (necesario para el “crecimiento espiritual”).

De esta forma, Alba manifiesta: “estos libros nos llevan a reflexionar para sentirnos mejor con nosotros mismos... no son para nada un pasatiempo, a mí leer me da placer, me llena el alma” (Alba, 43 años, divorciada con tres hijos).

Los pensamientos que dispara la lectura de autoayuda, también pueden llevar a un *entendimiento de sí mismo, del otro*, del mundo. De allí que no se considere una actividad de entretenimiento como cualquier otra, por el contrario, se concibe como una práctica esencial para el *desarrollo personal*. La lectura es placentera porque arrebatara los sentidos, y transporta al lector hacia el “mundo interior”. Se puede hablar, entonces, de una lectura que “multiplica el alma, sus vértigos y sus posibilidades” (Savater, 2009: 337).

Placer y esparcimiento

El *entretenimiento* es un modo posible de definir al *placer*. Por ello, no sorprende que se subraye a la práctica lectora como una forma de esparcimiento. En la opinión de Beatriz, el placer aparece vinculado a la *diversión*: “no hay manera de leer obligado... salvo que forme parte de los estudios. Leer es uno de los momentos placenteros que se tienen, y estos en particular (los de autoayuda) me parecen libros divertidos” (Beatriz, 36 años, viuda con un hijo).

Cuando el placer de la lectura connota *esparcimiento* o distracción, puede vincularse incluso al *placer lúdico*. En estos términos, el libro representa un objeto de placer como cualquier otro, por lo que la lectura se incorpora a los placeres de la vida, se anota en el catálogo personal de las sensualidades. Es justamente de este acercamiento entre los “goces” de la vida y los del texto, del que habla Barthes cuando propone “abolir la falsa oposición entre vida práctica y vida contemplativa” (2011: 77).

2.2. Lecturas creativas

El acto de lectura, explica Chartier (1994), no puede ser anulado en el texto mismo, en tanto, las prácticas que se captan siempre son creadoras de usos o de representaciones que no pueden reducirse a las voluntades de los productores de discursos y de normas. De esta forma, sostiene “la aceptación de los mensajes y de los modelos siempre se realiza a través de arreglos, de desvíos y de nuevos empleos singulares” (1994: 54).

A propósito de esto, Valeria nos habla sobre su modalidad de lectura: “leer un libro es situarse en el estado mental del escritor, y aprender un poco de sus experiencias, su lógica, y la manera en que entiende la filosofía de vida. En la vorágine de las actividades diarias, leer estos libros hace repensar algunos temas de modo sencillo... hay libros que están destinados a incorporarse a uno, y otros que no” (Valeria, 38 años, casada con un hijo).

Mientras que, desde una postura más crítica, Julieta señala: “a veces no coincido con las opiniones del autor. No soy pasiva en la lectura, de algún modo ‘converso’ con los libros. Los que siempre vuelvo a consultar son *La Inteligencia emocional*⁸, *El arte de la felicidad*⁹, *Tú también puedes ser budista*¹⁰ ... por ahí memorizo alguna frase, es positivo que recuerdes una imagen o una cita para mantenerte tranquila” (Julieta, 33 años, casada sin hijos).

En una obra literaria, el autor trata de comunicar sensaciones, emociones e ideas: su sentido de la vida. En efecto, la experiencia literaria reside en esa “transacción” dinámica entre la obra y lo que el lector ya conoce, siente o desea (Rosenblatt, 2002).

Ahora bien, en el caso de la lectura de autoayuda, esta “transacción” propicia diferentes situaciones. Por un lado, habrá lectores que hagan un esfuerzo particular por acortar las distancias entre su propio punto de vista y el del autor. Por otro, habrá quienes interpelen al texto desde una postura más crítica, que puede girar en torno al “alcance generalista” o “ambigüedad” de las propuestas textuales. Así también, el lector puede llevar a cabo operaciones imprevistas, como *hurtar* fragmentos y memorizarlos: capitaliza los conocimientos que le resultan útiles. En vista de ello, los usos que se hacen del texto dan cuenta de una manera de leer, de “tácticas” diferenciadas y creativas mediante las cuales es posible interpelar al material impreso.

⁸ Goleman, D. (2000). *La inteligencia emocional*. Buenos Aires: Vergara.

⁹ Cutler, H. (2010). Dalai Lama. *El arte de la felicidad*. Barcelona: Debolsillo

¹⁰ Khyentse, D. (2008). *Tú también puedes ser budista*. Barcelona: Kairós.

No obstante, e indistintamente del trabajo lector, en la mayoría de los casos, la experiencia lectora de autoayuda se representa fundamentalmente como una pausa que permite meditar sobre el propio modo de ser y reflexionar sobre las situaciones conflictivas.

2.3. Lecturas prácticas

La lectura también puede concebirse en términos esencialmente instrumentales. Como nos lo recuerda Patricia: “las lecturas son prácticas en tanto yo quiera que sean prácticas. Creo que depende del momento en que uno lee el libro, porque me va a servir de acuerdo a la apertura que yo tenga en ese momento. Siempre los vuelvo a consultar, a medida que vamos creciendo espiritualmente valoramos más el libro y descubrimos cosas que no vimos antes” (Patricia, 52 años, divorciada con dos hijos).

En el mismo orden de ideas, Analía indica: “todo lo que vos lees lo tenés que poner en práctica, más si estás en un camino de ‘crecimiento’. El de Krishnamurti¹¹, por ejemplo, es un libro que necesitas releer, hoy lees una página y la reflexionás... y recién mañana podés continuar, no lo podés devorar. La relectura me sirve para hacer nuevos subrayados de acuerdo a lo que me está pasando ahora” (Analía, 54 años, casada con un hijo).

En el circuito vivo que se establece entre lector y texto, es el lector quien infunde significados intelectuales y emocionales a los símbolos verbales. De allí que la puesta en práctica de las pautas de acción y subjetivación ofrecidas en los textos, se relaciona directamente con la postura intelectual que asuma el lector (su “apertura mental”) y con sus necesidades y preocupaciones específicas. Asistimos, entonces, a la representación de la lectura no sólo en términos de una operación intelectual, sino también *emocional y sentimental*.

Pues bien, la *utilidad* de la lectura reside en traducir los consejos de autoayuda a cuestiones prácticas. El lector se apropia de las instrucciones que halla en los textos, y las adapta a sus circunstancias y ámbitos de acción particulares. De este modo, las consignas de los libros pasan a formar parte de las experiencias cotidianas del lector. En efecto, son distintos los desplazamientos que propicia la lectura de autoayuda: entenderse mejor a sí mismo, aprender a controlar las emociones, liberarse de las dudas o ansiedades personales, etc.

La apropiación lectora varía según las aptitudes y necesidades de cada lector, pero también está estrechamente relacionada al contexto espacio-temporal en el que surge y cobra sentido. Es así que, de acuerdo a la situación y momento de la vida en que se lleve a cabo el ejercicio de *relectura*, éste puede entrañar la posibilidad de abrir el sentido de los textos, formular nuevas interpretaciones, y ampliar los conocimientos.

De esta manera, una actividad que suele quedar relegada al plano cognitivo, ahora encuentra anclaje en el campo empírico: el valor de la lectura de autoayuda reside en la *aplicación práctica* de las enseñanzas de los libros. Se revela, de este modo, el intento de los lectores de acercar los libros a la vida, de volver prácticas y reales esas concepciones (las de los textos) que empiezan a ser suyas.

¹¹ La lectora hace referencia a Krishnamurti, J. (1996). *La libertad interior*. Barcelona: Kairós.

2.4. Lecturas reparadoras

Frente a necesidades vitales y existenciales, los libros de autoayuda pueden constituir una válvula de escape a las carencias sentidas en las distintas esferas de la vida: los lectores coinciden en que es posible “descubrirse” o “(re)construirse” a través de la lectura.

A propósito de esto, Fabricio expresa: “desde mi ego, acudir a estos libros era una muestra de debilidad, pero la lectura me ayudaba a resolver mis problemas... en ese momento yo no me soportaba a mí mismo, las cosas eran como una tormenta en mi cabeza” (Fabricio, 35 años, viudo sin hijos).

Por su lado, Cecilia manifiesta: “soy católica pero no practico, y estoy entre que creo y no en la vida después de la muerte. Cuando perdí a mi papá, era un dolor tan grande que busqué ayuda en mi psicólogo, en estos libros, en la Iglesia. Uno busca respuestas por todos lados y leerlos me causaba alivio” (Cecilia, 40 años, casada con dos hijos).

En momentos de desastres íntimos, los libros de autoayuda parecieran *llegar al rescate*. Como es sabido, las crisis emocionales afectan el sentimiento de continuidad propia y la autoestima: el “mundo interior” se desmorona. En tales circunstancias, la lectura puede ir más allá del olvido momentáneo de las penas, tiene que ver con la voluntad de hacerse cargo de sí mismo, con la *recomposición de la imagen de sí*. En este sentido, puede representar una vía de acceso privilegiada para sostener el sentimiento de individualidad y resistir a las adversidades.

En situaciones límites, cuando se enfrentan los temores más íntimos, habrá personas que busquen respuestas en la fe religiosa, el consejo psicológico, o en la consulta de lo escrito. Así pues, la lectura, en tanto abre un camino hacia la interioridad, se consolida como otra posibilidad para *reconstruirse en momentos críticos*. Ahora, si bien la “Palabra de Dios”, la palabra terapéutica, y el discurso de autoayuda, pertenecen a distintas esferas de conocimiento, tienen un denominador común: demandan una entrega del sujeto hacia lo que lee (o escucha), porque sin *entrega* no hay reconstrucción posible.

Asimismo, la eficacia de los libros de autoayuda tiene que ver con que una vez leídos no quedan inmediata y definitivamente guardados en la biblioteca: la función *reparadora* no se agota en la primera lectura, sino que se prolonga en posteriores relecturas. De este forma, se advierte que asignarle a la lectura de autoayuda una función instrumental por excelencia, no deja ver el hecho de que esta lectura también construye, llena vacíos, *edifica*.

2.5. Cartografía de la comprensión lectora

Atendiendo a la historia de la lectura, la abundancia de lecturas fue considerada peligrosa y pernicioso durante mucho tiempo justamente por la libertad individual frente al libro: por el “placer” de leer¹².

¹² Una síntesis de las razones por las que propietarios de esclavos y dictadores temían al *poder de la lectura*, puede leerse en Manguel (1998), especialmente el apartado “Lecturas prohibidas”. A propósito de los *peligros de leer* (ficción) en los siglos XVIII y XIX, puede verse Littau (2008), especialmente el capítulo “El lector en la ficción”.

En los casos estudiados, está claro que no se trata del placer estético que se halla en las obras de arte o de “alta literatura”, sin embargo, los lectores encuentran un modo de definir al placer en sus propios términos, diferentes a los de la comunidad intelectual o la crítica literaria, pero no por ello de menor valor: la lectura de autoayuda se carga de *valor simbólico*, se manifiesta como una práctica con su propia lógica.

Según las circunstancias, el estado de ánimo y los recuerdos, las experiencias y los deseos, el placer en la lectura se representa de distintos modos. Asistimos, entonces, a una lectura *de distracción*, de entretenimiento, de goce. Una lectura que afecta, que conmueve, que “golpea”. Una lectura *sensual*, que moviliza emociones y sensaciones corporales. Una lectura libre (que se realiza por elección propia) y *liberadora* (cuando un libro modifica la trayectoria del lector). Una lectura *instructiva* que acrecienta el bagaje cultural y “prepara” para la vida. Una lectura *enriquecedora* que propicia el entendimiento de sí mismo y de los otros. Ahora bien, los libros no sólo procuran el placer del momento, sino que entre texto y lector se entabla otro tipo de relación, donde las palabras perduran en la memoria y el cuerpo: la lectura se mezcla con la experiencia, busca emociones, sentimientos, formas corporales.

Teniendo en cuenta la dialéctica entre la coacción ejercida por los textos y la inventiva del público, el análisis precedente da cuenta de una postura *activa* del lector. El lector no siempre está de acuerdo con lo que propone el texto, no sigue las instrucciones al pie de la letra, ni adopta los consejos sin previa reflexión. Este *gesto de transgresión*, se representa como una lectura crítica, y forma parte de los mecanismos habituales de lectura.

Además, al ejercicio reflexivo de la lectura, le continúa la puesta en práctica de los conocimientos aprehendidos. El lector extrae del texto los preceptos que le resultan útiles, los matiza con su experiencia y los adapta a sus circunstancias biográficas. El valor de la lectura reside en traducir los consejos de autoayuda a cuestiones de la vida cotidiana, son lecturas *prácticas*.

En numerosas ocasiones, la lectura *ayuda* a personas en crisis. La literatura de autoayuda puede afectar la vida del lector y ejercer una función *reparadora*. En tal sentido, impide que éste se detenga inmovilizado por la decepción o el fracaso, alivia las angustias personales, o alienta a la reconstrucción de la imagen de sí. La lectura, de algún modo, parece dar forma a lo caótico.

A menudo, la eficacia de los textos se relaciona al hecho de que luego de la lectura inicial no quedan inmediata y definitivamente guardados en la biblioteca, por el contrario, ante una situación crítica o desequilibrante, el lector puede recurrir nuevamente a los libros en búsqueda de respuestas. El ejercicio de *relectura* permite hallar nuevos sentidos o hacer nuevos subrayados, en función de las circunstancias biográficas que se atraviesen: el texto se *actualiza* en virtud de las circunstancias particulares del lector.

Allí donde los críticos suelen advertir una “moda”, un “fenómeno de masas” o un “boom del mercado”, hemos visto que el lector, por su parte, lleva adelante una empresa compleja: lee, reflexiona, reformula y pone en práctica. Este hecho sólo es posible

porque *cree en lo que lee*¹³, entonces, no se trataría de un lector displicente o superficial, sino que se esboza un lector *creyente*. Un lector que bucea estratégicamente en los textos, buscando ese fragmento, esa frase, esa palabra que, sino transforma, cuanto menos sosiegue el devenir agitado de su existencia.

3 - Diferentes “rostros” de una misma lectura

En nuestra investigación, nos propusimos insistir en la construcción situacional del sentido de la lectura, es decir, que sus modalidades varían según las expectativas, motivaciones o necesidades del lector, en circunstancias biográficas específicas. En vista de ello, fue posible dar cuenta de las diversas representaciones que un grupo de lectores (que comparten condiciones espacio-temporales específicas) construye a propósito de la lectura de autoayuda.

En principio, y de manera amplia, podemos decir que ésta se describe como una *lectura agradable/ entretenida/ interesante*: la presentación formal del libro -encuadernación, tipo de papel, volumen, y diseño gráfico en general- resulta agradable a los sentidos. Asimismo, los recursos lingüísticos y gráficos -resúmenes, cuadros explicativos, ilustraciones, citas- que organizan el código impreso, dan lugar a una *lectura amena y práctica* (facilitan el aprendizaje de los dogmas propuestos). En efecto, se consideran textos claros (con vocabulario y estilo sencillos), entretenidos, y que demandan poco del lector (exigen competencias lectoras básicas).

Ahora, atendiendo a las circunstancias físicas en que se desarrolla la práctica lectora, según el caso, puede tratarse de una *lectura íntima* -cuando se realiza en un lugar privado, un espacio predilecto es el dormitorio-; o una *lectura pública* -cuando se lleva a cabo a la vista de otros-. En estrecha vinculación, y dado que los textos invitan al lector a desarrollar un ejercicio reflexivo sobre la propia vida, se infiere que esta práctica de lectura está asimilada con el aislamiento y la soledad, lo que daría lugar a una *lectura solitaria*. No obstante, el gesto de lectura también puede convertirse en la ocasión para el intercambio social, ya sea que se recomienden lecturas a personas allegadas al lector, o que se lea en voz alta para otros. De este modo, en el marco de la sociabilidad cotidiana, la lectura que se realiza para uno mismo puede sustraerse de la esfera íntima y devenir en una *lectura compartida*.

El tiempo dedicado a la lectura de autoayuda, también ofrece pistas acerca del modo en que esta actividad se inserta en la vida cotidiana. Al respecto, puede tratarse de una *lectura ocasional*, cuando se considera principalmente como una actividad de ocio, y por ello, se le dedican los tiempos libres; o una *lectura planificada*, cuando se lee a diario e incluso se trasladan los libros a todas partes, la lectura se ha incorporado a los hábitos del lector.

¹³ La idea de que en la escritura está depositada la verdad, es un saber muy antiguo que cruza la cultura letrada y obliga a leer para saber la verdadera razón de las cosas (todo aquello que se puede leer es creíble, desde lo bíblico hasta el saber académico).

La diagramación interna de los libros ofrece la posibilidad de llevar adelante una lectura *ágil* (lo que no quiere decir “superficial”) y, en ocasiones, *salteada*: las divisiones y señas textuales que guían la lectura brindan la posibilidad de leer parcialmente o “saltar” capítulos, sin perder la continuidad del argumento principal. De este modo, y a diferencia de otros géneros que exigen una lectura secuencial, la literatura de autoayuda permite llevar a cabo una lectura *fragmentada* (se eligen los capítulos a leer) y *funcional* (a los intereses específicos del lector). Vemos aquí, el eco de una modalidad “extensiva” de lectura, en el sentido de que es posible desplazarse rápidamente de un libro a otro: se lee más y más rápidamente.

Todo esto lleva a hablar de una *lectura de consulta*. La organización física de los textos (sobre todo la brevedad de los capítulos) posibilita “consultas rápidas” (o “relecturas”) con diferentes propósitos: memorizar una frase, buscar ejemplos, o aclarar conocimientos. Las lecturas de un texto no son infinitas –están circunscritas por las convenciones del género y los límites del sentido común–, pero el lector no está limitado a una sola interpretación. Por lo tanto, según las circunstancias biográficas particulares, la “relectura” puede dar lugar a nuevas interpretaciones, al descubrimiento de sentidos furtivos en textos ya leídos.

También asistimos, a una *lectura placentera*. Una lectura de distracción, de entretenimiento, de “goce”. Una lectura que afecta, que conmueve, que “golpea”. Una lectura sensual, que moviliza emociones y sensaciones corporales. Una lectura “enriquecedora”, que propicia el entendimiento de sí mismo y de los otros.

Una actividad que suele quedar relegada al plano cognitivo, ahora encuentra anclaje en el campo empírico: los textos ofrecen consejos para ser puestos en práctica. Así pues, el lector extrae del texto los preceptos que le resultan útiles, los matiza con su experiencia y los adapta a sus circunstancias biográficas. La utilidad de la lectura reside en traducir los consejos “de autoayuda” a cuestiones de la vida cotidiana. Se revela, de este modo, una *lectura práctica*.

Así también, tiene lugar el desarrollo de una *lectura informativa/ formativa*: la lectura puede ofrecer respuestas a interrogantes existenciales (¿qué es la felicidad?, ¿qué es el amor?); satisfacer el deseo de “autorrealización”; o resolver carencias en diferentes ámbitos de la vida cotidiana. Decimos que se representa como una *lectura formativa*, en el sentido de que los lectores se disponen a aprender de la experiencia de un “otro” (ya se trate del testimonio autobiográfico del autor o de las vivencias de otras personas): la puesta en relato de una problemática facilita su resolución. A partir de allí, lo caótico de las tragedias cotidianas puede ordenarse o aclararse por la *mediación* de la lectura.

Y no sólo esto, en estrecha vinculación, se manifiesta una *lectura emotiva y memorable*. No se trata de libros que se lean y se olviden, por el contrario, las enseñanzas “de autoayuda” se citan a menudo, y se recuerdan fundamentalmente aquellos pasajes que movilizan o conmueven: las ideas se conservan porque se desarrollan a partir de la tensión emocional y de un vívido sentimiento personal. De hecho, la reiteración semántica y el uso de recursos gráficos (frases en negrita, recuadros, ilustraciones, etc.) en los textos,

sirven al objetivo de facilitar la memorización de las ideas: el lector “hurta” y “guarda” aquellos fragmentos que le resultan útiles.

Las páginas impresas llevan al encuentro con la experiencia ajena, ya sea del autor (a través del relato autobiográfico) o de los protagonistas de los episodios narrados (ficticiales o veristas). Mediante la descripción de una amplia diversidad de personalidades y conductas, el texto no sólo brinda la posibilidad de verse reflejado en una variedad de situaciones, sino que también permite visualizar formas alternativas de comportamiento y sus consecuencias. De allí que la actitud de cotejar los episodios narrados con la experiencia propia, no sólo suscita la reflexión acerca del modo diario de resolución de los conflictos, sino que habilita al lector a ensayar (imaginariamente) posibilidades de acción para situaciones futuras.

Especialmente, en momentos de crisis, el lector puede descubrir -en forma de identificación o proyección- que otros han atravesado experiencias similares a las propias y lograron dominar aflicciones semejantes a las que lo aquejan. En vista de ello, se modifica el carácter de “excepcionalidad” de la vivencia personal: el lector descubre que su vida interior refleja una experiencia común con otras personas. Así, en tanto, se hacen equivalentes las escenas del libro y las escenas de la vida cotidiana, los textos actúan como un filtro que permite darle sentido a la experiencia, y por lo tanto, definirla, darle forma.

Mediante la identificación con un personaje que posee cualidades diferentes de las propias o que usa en forma más plena capacidades parecidas a las que se poseen, la literatura de autoayuda brinda la posibilidad de compensar carencias y fracasos íntimos. Por ello, no sorprende que el lector centre su atención en aquellos personajes y situaciones que se relacionen a sus problemas y necesidades personales: la identificación estará guiada por las preocupaciones individuales al momento de la lectura.

En efecto, antes que la veridicción del discurso, el valor de la literatura reside en que expone -en forma de relatos, cuasibiografías, o testimonios- problemas y conflictos reales que involucran íntimamente al lector: éste puede leer en el texto los rasgos de su propia vida. De este modo, lo trascendental de la lectura es el “aprendizaje” personal a partir de lo que otros han vivido. Así pues, esta dimensión *proyectiva* de la lectura, puede contribuir a entenderse mejor a sí mismo, y a liberarse de las dudas o ansiedades personales.

Asimismo podemos hablar de una *lectura intensa*. Más allá de la cantidad de libros leídos, según hemos visto, el encuentro con un solo libro puede ser significativo, y el lector puede conocer en toda su amplitud la experiencia de la lectura. Teniendo en cuenta que el *cambio llevado a cabo por uno mismo* es la piedra basal del género en foco, los “consejos” difundidos giran en torno a las prácticas de la intimidad: la “introspección” representa el primer paso hacia la mejora personal. En este sentido, la lectura se describe como una instancia de reflexión sobre los deseos y metas individuales (que suele quedar relegada en la vorágine de las actividades diarias). Pues bien, esta experiencia puede dar lugar a cambios de perspectiva, de comportamientos, o al inicio de nuevas actividades (distintas de las cotidianas). Se desarrolla, entonces, una *lectura de descubrimiento*.

Hemos observado que la lectura en estudio se realiza con diversos objetivos: superar rupturas de pareja, encontrar salidas a situaciones asfixiantes, cambiar la postura frente a la vida, curar heridas emocionales, superar pérdidas, reinventarse luego de una enfermedad, o alcanzar el desarrollo personal. En efecto, es posible plantear que la lectura se lleva a cabo con fines específicos, y aún cuando estos sean inconscientes para el lector, se lee para algo. Entonces, más que tratarse de una lectura *per se*, asistimos a una *lectura instrumental*.

En este sentido, la lectura de autoayuda puede enseñar a expresar los sentimientos propios, desligarse de la culpa, vivir el presente sin miramientos y convivir con la soledad (aún cuando se está acompañado): da, al parecer, nueva coherencia a las experiencias de vida.

Así también, los libros se consideran una guía práctica que ofrece técnicas destinadas a resolver problemas específicos. De allí que las lecturas pueden alentar cambios en el aspecto físico, la valoración de sí y el estilo de vida del lector. En escenarios donde las responsabilidades (familiares, laborales, etc.) se sienten con agudeza, los textos presentan alternativas para modificar el modo de actuar habitual: pueden representar una salida a los caminos ya trazados, un escape a las demandas constantes, un atajo hacia el bienestar personal.

Quienes leen son aquellos para quienes la lectura, de una manera u otra, adquiere sentido en una situación y en un momento dados de su vida. Durante crisis emocionales que afectan la autoestima y el sentimiento de continuidad propia, la lectura puede ir más allá del olvido momentáneo de las penas, tiene que ver con la voluntad de hacerse cargo de sí mismo, con la recomposición de la imagen de sí. De este modo, puede representar una vía de acceso privilegiada para sostener el sentimiento de individualidad y resistir a las adversidades. Los libros de autoayuda, lejos de promover el alejamiento de la realidad, insertan al lector en ella de una manera diferente: lo animan a retomar las riendas de su vida y afrontar sus tragedias íntimas.

Si las lecturas tienen lugar, particularmente, cuando se atraviesa una aflicción profunda o una enfermedad, puede que los libros ayuden a enfrentar los temores, soportar el dolor, e incluso hacer frente a la muerte.

Ahora bien, los textos extienden su dominio más allá de la esfera del pensamiento: explicitan pautas que se insertan en el terreno de la conducta individual. Por lo tanto, la apropiación lectora implica poner en práctica los enunciados del libro: consiste en un *hacer-hacer sobre sí*. Se trata, pues, de ejercer una acción sobre sí mismo, técnicas del sí que apuntan a reparar los sentimientos deteriorados, rearmar lo fragmentado, reconstruir lo hecho trizas.

Así pues, en tanto se inserta en un terreno silenciado, en el espacio de la interioridad humana donde el dolor deja sus huellas, la lectura se carga de un *valor simbólico* especial, se representa como una *lectura reparadora*.

Y no sólo esto, cuando un libro puede modificar la trayectoria del lector, se revela también una *lectura liberadora*. Cuando efectivamente las palabras del texto alteran a los lectores, es posible el “(re)encuentro” con uno mismo, es posible recuperar la *libertad*. Libertad para “reinventarse”. Libertad para relatar el modo en que salieron de los callejones que parecían no tener salida. Libertad para superar las pérdidas del pasado y pensar en un futuro de oportunidades. Libertad para pensarse “autosuficientes”.

Entonces, ya sea que se busquen estrategias para afrontar situaciones problemáticas (decepciones amorosas, trastornos psicofísicos), respuestas a preguntas existenciales, o plenitud espiritual, los lectores comparten una necesidad: dar orden y sentido a la historia personal. Frente a estas expectativas, la lectura permite dar nombre a los sentimientos confusos y lidiar con los temores, ofrece pautas de acción para afrontar los episodios críticos, y en muchas ocasiones, hasta brinda alivio. La lectura permite distinguir (y “trabajar”) los sentimientos, y de este modo, contribuye a la reconstrucción de la interioridad. De allí que puede aparecer como un hecho trascendental en la biografía del lector, se manifiesta, principalmente, como una *lectura de crisis*.

Por último, se trata de una *lectura declarable* (por *legítima*). Según hemos visto, el criterio de “legitimidad” (en términos de aceptabilidad del estilo, estructura y contenidos vehiculizados en los textos), pasa menos por la cuestión de los valores estéticos, que por la función práctica o social que cumple la literatura. En todo caso, lo relevante para el lector es el valor simbólico o personal que adquiere la lectura de autoayuda en su vida cotidiana. A partir de esto, se comprende la convivencia de géneros “canónicos” y géneros “menores” en las bibliotecas personales.

No se trata aquí de idealizar a la lectura de autoayuda, sin embargo, atendiendo a las representaciones que de ella se ofrecen, hemos visto de qué modo la lectura incita o acompaña cambios radicales en la vida de los lectores, y en este sentido, va más allá de una mera lectura “de distracción” (como se la califica desde la institución literaria). El encuentro con los libros permite desplazarse en el universo simbólico, inspeccionar las experiencias vividas, reorganizar el punto de vista, y rasgar la opacidad de lo rutinario. En fin, la lectura representa una vía privilegiada para que las personas puedan pensarse, redefinirse, y actuar, lanzándose en búsqueda de *eso* que está allí, en algún lugar... eso que la realidad mezquina del mundo sólo ofrece a destellos.

4 - Tipología tentativa de lectores¹⁴

Cada lector tiene la capacidad de movilizar diferentes maneras de leer, y de este modo, puede ser sucesivamente, un *lector aficionado* y *crítico*, *sedentario* y *social*, *egoísta* y *solidario*, sólo por nombrar algunas combinaciones posibles.

¹⁴ Cabe aclarar que, esta tipología refiere a un lector “empírico”, es decir, con *habitus* y disposiciones adquiridas y en una situación histórica específica; diferente del lector “formal” o destinatario interno aludido en el texto -el *lector implícito* para Iser (1987), o el *lector modelo* para Eco (1979)-.

Pues bien, a partir de nuestra investigación, observamos que la lectura de autoayuda configura (y requiere) lectores singulares.

En principio, denominamos *lectores reflexivos*, a quienes conciben a la lectura como una ocasión para escrutar la vida “interior” y cavilar atentamente sobre los dilemas personales. En tanto, el “yo” deviene en el centro de reflexión e interés, la actitud u opinión de los semejantes es marginal en la consecución del “bienestar” personal. Podemos hablar, entonces, de *lectores egoístas*.

Así también, encontramos a quienes hallan en los textos caminos alternativos, la posibilidad de cambiar el rumbo de la propia biografía, la lectura se concibe como un “despertar” hacia el crecimiento emocional/espiritual. De esta manera, identificamos *lectores fascinados*.

Según hemos visto, la eficacia de la lectura sólo es posible si el lector confía en la veracidad de los enunciados textuales. Se requiere, entonces, de *lectores creyentes*. Son aquellos que se “entregan” a la lectura, y creen posible la “conversión personal” basada en el potencial de los recursos interiores.

Por otra parte, el trabajo lector -la interpretación, reformulación y aplicación de los preceptos difundidos- *sobre/en* los textos, da cuenta de *lectores prácticos*. Aquellos que encuentran en la lectura palabras para nombrar sus estados y poner orden a las situaciones caóticas: acercan los libros a la vida cotidiana.

También distinguimos a quienes encuentran en la lectura herramientas para enfrentar las tragedias íntimas. Ante el temor y la angustia, ellos se animan a “empezar” de nuevo, se “(re)construyen” mediante la lectura. Se trata de personas decaídas, exhaustas o desorientadas que hallan en la práctica lectora un modo de “(re)inventarse”, son *lectores resilientes*.

Hay quienes consideran a los libros como un material de consulta permanente, como un recurso que los puede auxiliar cuando irrumpen las crisis emocionales. En estos casos, se memorizan fragmentos, se escriben y se marcan los libros, o se copian frases para llevarlas en el bolsillo. Cuando la lectura se ha incorporado de este modo a los hábitos del lector, podemos hablar, entonces, de *lectores aficionados*.

La felicidad y la libertad son los sentimientos trascendentales sobre los que se asienta la literatura de autoayuda. En vista de ello, cuando se considera que el “amor hacia uno mismo”, el disfrute de los placeres cotidianos, y la idea de “ser mejor” cada día, hacen de la felicidad un bien asequible, tratamos, pues, con *lectores felices*. Además, en tanto la literatura propone distintas maneras de liberarse de ataduras emocionales y prejuicios sociales, la lectura puede significar una experiencia “liberadora”, a partir de lo cual, se corporizan *lectores libres*.

Dicho esto, a continuación proponemos una tipología tentativa de lectores, que pretende alcanzar un nivel epistemológico superior, es decir, que abarca al caso en estudio, pero que también consideramos puede aplicarse al estudio de otros géneros de consumo masivo.

Si bien la literatura en general, y la “de masas”, en particular, apunta a un público lector más o menos determinado (*target*), también contribuye a conformarlo. Los textos producen sus lectores, incluyéndolos en un proceso de adquisición de hábitos retóricos y temáticos: el lector sabe de antemano qué tipo de discurso va a encontrar en el texto. Por lo tanto, la lectura no sólo satisface expectativas previas sino que también colabora en su creación. Entonces, cuando los “efectos de lectura” revelan la eficacia de la propuesta textual (se ha establecido una complicidad efectiva entre autor y lector) y la lectura del género se ha incorporado como un “hábito” en la vida cotidiana, se configura un lector que podemos llamar *asiduo* o *fiel*.

En alusión a las condiciones físicas de la lectura, denominamos *lector sedentario*, al que se inclina por la lectura en la intimidad, en algún sitio de la casa propia. El lector que requiere de un ambiente silencioso y relajado para disfrutar y aprovechar sus lecturas. Mientras que, su opuesto, el *lector social*, es el que lleva a cabo sus lecturas en sitios públicos o semipúblicos, a la vista de otros.

El *lector solidario*, es el que difunde información acerca de los títulos leídos, y comparte los conocimientos aprehendidos en sus lecturas.

El *lector satisfecho*, es el que manifiesta el “placer” de la lectura. Un placer que puede vincularse a la emoción, la libertad, el aprendizaje, o la distracción.

El *lector autodidacta*, es el que subraya la dimensión didáctica de la práctica lectora, y por lo tanto, la concibe, esencialmente, en términos de una experiencia de enriquecimiento intelectual.

El *lector sensible*, es el que otorga importancia a las sensaciones y sentimientos que moviliza la lectura. El que se deja atrapar por el texto, y se ve íntimamente afectado por las lecturas.

El *lector proyectado*, es quien se identifica en los episodios, verídicos o ficcionales, relatados en los textos. Aquel que establece vínculos de continuidad entre las situaciones narradas y la vida real.

El *lector materialista*, es el que privilegia, sobre todo, la presentación formal del libro. La posesión material es sinónimo de aprehensión intelectual, y por lo tanto, el libro un “objeto valioso”.

El *lector creativo*, es el que impone su propio ritmo y orden a la lectura. Aquel que saltea capítulos y elige el recorrido a seguir.

El *lector crítico*, es el que cuestiona la propuesta textual. El lector no siempre está de acuerdo con lo que propone el texto, no sigue las instrucciones al pie de la letra, ni adopta los conocimientos sin previa reflexión; su accionar es distinto, desplaza el sentido, reinterpreta y dialoga con el texto (a la vez que es “alterado” por el texto).

El *lector rebelde*, es el que actúa al margen de los cánones literarios, y alterna la lectura de ejemplares de “alta literatura” con otros de “literatura ligera”.

El *lector visionario*, es el que considera a la lectura, no como una experiencia contingente, sino como una oportunidad para “capitalizar conocimientos” que podrían resultar útiles en situaciones futuras.

Como es sabido, los textos proporcionan indicaciones para su propia lectura. Instrucciones que proponen modalidades de relación con el texto, cursos de lectura y claves de sentido (este sistema de señales presupone un lector que esté en condiciones culturales, sociales, de decodificarlo). En vista de ello, el lector puede seguir estas indicaciones, o transgredirlas y relacionarse con el texto desde una práctica de lectura que éste no ha previsto. Por lo tanto, es posible postular a un *lector adecuado*, como aquel que lee según la imagen del lector que el texto incluye, es decir, cuando la forma en que el lector estaba inscripto en el texto coincide (relativamente) con el sistema de reconocimiento del lector real¹⁵.

Finalmente, denominamos *lector universal*, al que lee *más allá* del contexto socio-espacial al que pertenece. Con esto no estamos diciendo que la literatura se sitúa en un espacio de vacío de información y no depende de una situación específica de comprensión, sino que, hablamos del lector que en su práctica lectora no reconoce peculiaridades o rasgos específicos que lo distingan de otros lectores insertos en escenarios culturales distintos del propio. Esta última categoría se comprende, pues, en un ambiente globalizado, donde los valores entran en debate, y donde las culturas están enredadas en un flujo ininterrumpido de contacto y conflicto.

¹⁵ Decimos “relativamente” porque la simetría entre autor y lector es más una representación, un modelo abstracto de emisión-recepción, que un postulado aplicable al análisis de lectores concretos.

Referencias

- Abraham, T. (2000). *La empresa de vivir*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Ansermet, F. y Magistretti, P. (2012). *Los enigmas del placer*. Buenos Aires: Katz.
- Ampudia De Haro, F. (2006). Administrar el yo: literatura de autoayuda y gestión del comportamiento y los afectos. *Revista Española de Sociología*, 13, 49-72.
- Bahloul, J. (2002). *Lecturas precarias*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Barthes, R. (2011). *El placer del texto y Lección inaugural*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Blanco, A. (2008). Cultura de masas. En C. Altamirano (dir.). *Términos críticos de sociología de la cultura* (p. 42-44). Buenos Aires: Paidós.
- Canavire, V. (2013). “Cuando leer llena el alma: representaciones, funciones y efectos de la lectura de autoayuda: el caso de San Salvador de Jujuy”, Mimeo, Tesis de Doctorado, Doctorado en Estudios Sociales de América Latina, Centro de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Córdoba, Argentina.
- Chartier, R. (1994). *Lecturas y Lectores en la Francia del Antiguo Régimen*. México: Instituto Mora.
- Eco, U. (1979). *Obra abierta*. Barcelona: Ariel.
- Escalante, F. (2009). Sin catastrofismo ni optimismo fácil. En T. Granados (coord.). *Congreso Internacional del Mundo del Libro* (2009 sept. 7-10 Cd. de México) (p. 69-76). México: FCE.
- Illouz, E. (2010). *La salvación del alma moderna*. Buenos Aires: Katz.
- Iser, W. (1987). El proceso de lectura: enfoque fenomenológico. En A. Mayoral (comp.). *Estética de la recepción* (p. 215-243). Madrid: Arco/libros.
- Littau, K. (2008). *Teorías de la lectura*. Buenos Aires: Manantial.
- Manguel, A. (1998). *Una historia de la lectura*. Madrid: Alianza Editorial.
- Reguillo, R. (2007). Formas del saber. Narrativas y poderes diferenciales en el paisaje neoliberal. En A. Grimson (comp.). *Cultura y neoliberalismo* (p. 91-110). Buenos Aires: CLACSO.
- Rosenblatt, L. (2002). La literatura como exploración. México: Fondo de Cultura Económica.
- Savater, F. (2009). Agonía y resurrección del libro. En T. Granados (coord.). *Congreso Internacional del Mundo del Libro* (2009 sept. 7-10 Cd. de México) (p. 327-338). México: FCE.